

(01023)

## Charla en la Tutoría

Don Faustino no sabía cómo hincar el diente a la conversación que tendría dentro de unos minutos con los padres de Sergio Matute. Siempre le incomodaba tener que dar malas noticias sobre el rendimiento escolar de uno de sus alumnos. Estaba acabando el curso y el chaval había demostrado escasa afición por los estudios. No era torpe, simplemente que iba a su bola. Aunque tenía una buena familia (su madre, concejal del Ayuntamiento, y su padre un pequeño empresario al que no le iban mal las cosas), tenía la impresión de que al mozo le faltaba un poco de control y seguimiento por parte de sus progenitores, cosa —por otro lado— muy habitual en estos tiempos.

—¿Se puede?

El careto de Sebastián Matute asomó por la puerta de la tutoría.

—No sólo se puede si no que se debe, Sebas. Adelante...

Los dos se abrazaron cordialmente. Se conocían desde hacía años. Una relación estrictamente comercial (don Faustino llevaba su "Ferrari" al taller propiedad de Sebastián) que con el paso del tiempo había derivado en una confianza de amigos, sin pasarse.

—En unos minutos llegará María. Ya sabes, siempre está liada con el maldito Ayuntamiento. Ya es malo que la mujer trabaje pero que encima sea política...

—Sé que lo llevas bastante mal, Sebas, pero no me seas retrógrado... Es buenísimo que la mujer trabaje fuera de casa. El problema es que entonces nadie suele trabajar dentro, lo que es fatal si hay niños de por medio.

—Pues eso es lo que llevo mal. Si se derrumbase la vivienda no pillaría debajo a María porque ella siempre está en cualquier parte menos en casa. Yo me encargo del taller, de la comida y del zagal. Las dos primeras cosas no se me dan nada mal pero yo no valgo para cuidar niños.

—Sebas, que tu hijo tiene ya 14 añitos y le está saliendo barba...

—Será aquí, pero en casa sigue siendo como un bebé. No ayuda en nada, no quiere estudiar porque dice que hay otras cosas mucho más importantes que eso y yo soy incapaz de obligarle a que cumpla primero con sus obligaciones y luego se dedique a matar marcianitos.

—¡Buenas tardes, don Faustino!

Sí, doña María Reina acababa de asomar su cuerpo serrano por la puerta del aula. Parecía alegre y feliz.

—Espero que Sebas le haya explicado mi leve retraso... Sin que sirva de precedente hemos tenido un Pleno de lo más agradable y provechoso, así que estoy muy contenta. No sé cuánto tiempo me durará...

—Pues en cuanto don Faustino empiece a hablar del Sergio...

—Ya lo tengo asumido. Este hijo mío tiene el mismo problema que el padre: se queda ensimismado en cuanto ve una pelota, un coche o una videoconsola.

El viejo profesor temía que en aquella reunión aflorasen más los naturales problemas internos de los padres que los del alumno. No era la primera vez ni sería la última en que algo así ocurriese. En este caso había cierta confianza por lo que no estaba dispuesto a ello.

—Yo creo que no hace falta hablar sobre cómo es Sergio, vuestro hijo, porque de sobra lo sabéis. Los tiempos que corren juegan en su contra, como en casi todos los chicos y chicas. Estoy seguro que de haber nacido yo en esta época, llena de ordenadores, cine, televisión, videoconsolas, móviles, fútbol a mansalva, internet, sexo por un tubo y multitud de diversiones placenteras, iba a estudiar Rita la Cantaora, porque lo que es yo... Encima, una gran mayoría de los chavales de hoy día están creciendo solos, mientras sus padres trabajan de sol a sol. Tenemos un serio problema de compatibilidad horaria laboral y familiar, sólo aliviado gracias a los abuelos, quien los tiene, que se encargan de cuidar a los críos. En estas circunstancias es un milagro que todavía haya chavales a los que les ilusiona abrir un libro para interesarse por cosas tan en desuso como la historia, la filosofía o la literatura. Así que la clave de todo esto es muy simple: ¿qué podemos hacer para que la corriente no arrastre y se trague al bueno de Sergio? ¿Podemos hacer algo? ¿Será peor el remedio que la enfermedad?

—Me niego a ser tan derrotista, don Faustino —María Reina no estaba dispuesta a dar por sentado el pesimismo latente del profesor.

—Pues yo creo —ahora terciaba el Sebas— que tiene mucha razón. Nuestro hijo padece la enfermedad del siglo XXI: jueguitis. ¡Jodé, si ya hasta los abueletes tienen el seso comido con las dichosas videoconsolas y la puñetera Internet! —Echando una mirada a los pupitres—. Y todos estos ordenadores en el aula..., don Faustino, ¡para qué tanto cacharro si lo que nuestros críos necesitan es pensar, razonar e imaginar por sí mismos y... hasta sufrir un poquito...!

—Será que tú no disfrutas todo lo que puedes...

María volvía de nuevo a la carga y empezó a disparar:

—El Barça te tiene comido el cerebro y te has recorrido medio mundo siguiendo la estela de tus ídolos de barro. No hay partido televisado que no veas ni camiseta oficial que no compres. Los periódicos deportivos son tus libros de cabecera. El niño ha salido en esas cosas a ti, reconócelo, Sebas, sólo que donde pone "Barcelona" ahora hay que decir "Real Madrid". Dos caras irreconciliables de la misma tonta moneda. Antes la gente se definía de derechas o de izquierdas, cristiana o atea, rica o pobre y ahora lo primero en que se encasilla es en merengue o culé... Por eso le decía antes, don Faustino, que el problema de Sergio y Sebas es el mismo: la pelotita de marras, que siempre está corriendo por el césped...y que les tiene sorbido el cerebro y ese tiempo que deberían dedicar a labores más importantes. Usted nos conoce bien así que para qué vamos a andar con eufemismos... Pero el Sergio, en cuanto pasen estos años difíciles de la adolescencia, sentará la cabeza, estoy segura...

—¡Pues claro, mujer, como me pasó a mí, que era un zoquete a su edad y... bueno... ya soy sólo medio zoquete...! —el trato con el público y la calle había dado al Sebas el suficiente bagaje cultural y psicológico como para saber cuándo había que poner una gota de humor que acabase con cualquier pequeña discusión o agria actitud.

—Centrémonos en Sergio, si os parece bien —don Faustino estaba decidido a no dejar pasar aquella ocasión para reconducir la charla y llevarla a un final satisfactorio y práctico—. Aquí os entrego un pequeño dossier sobre el camarada: sus notas, sus exámenes, las incidencias más notables habidas en el curso y mis consejos sobre lo que debe trabajar en el verano. Aprovechad estos meses de calor para “refrescarle” unos cuantos puntos importantes de actuación en el hogar y en el instituto. Los he puesto por escrito porque es una estrategia a medio plazo y es conveniente que, además de aplicarla, vayáis evaluando sus resultados de acuerdo a los parámetros que os indico en el dossier. Ya me diréis cómo ha ido la cosa cuando llegue septiembre...

—¿Y no podría darle clase particular a este niño? Ya sé que se lo tienen prohibido esos mismos políticos que andan siempre pluriempleados, pero si usted no logra sacarlo a flote no creo que nadie lo haga...

—Amigo Sebas. Esto ya no es el colegio. Ahora hay muchas más asignaturas, más profesores... Yo sólo le enseñé Lengua Española, una asignatura que hoy día se ha convertido en el coco de los chavales... ¡Qué tiempos aquellos en que la materia más incomprendida era la matemática!

—Dejando a un lado lo de los políticos pluriempleados —dijo María, mirando fijamente a su marido—, que no sé qué pintan en esta conversación de amigos, la cuestión principal es que somos nosotros y el crío quienes tenemos que intentar resolver su falta de rendimiento escolar. Le pondremos en una academia para que repase las materias suspendidas y cumpliremos a rajatabla el plan de trabajo y de consejos que don Faustino refleja en este documento. Afortunadamente en el verano hay poco fútbol y no sé porqué tengo la sensación que a la videoconsola se le va a estropear el chip...

—¡Y dale con lo del fútbol! —gruñó el Sebas.

—Sólo faltaba que el Rayo ascendiera a Segunda División para tener el porvenir más negro que el carbón. Y ahí está ya, a la vuelta del verano...

—Te recuerdo que eres la concejala de deportes de la ciudad —don Faustino sacó el revólver dialéctico y disparó en nombre del pobre Sebas.

—Buena observación, don Faustino. Buena observación, pero el deporte no es sólo fútbol. Es más, en estos años he procurado que las mayores ayudas del Ayuntamiento en el ámbito de mi concejalía fuesen para las instalaciones deportivas a pie de calle. Varias piscinas cubiertas, la mejora del casi abandonado polideportivo...

María decidió jugar fuerte en su respuesta al viejo profesor:

—El Rayo apenas se ha beneficiado pese a todas las presiones que he recibido. Eso se me está echando en cara, dentro y fuera del Ayuntamiento. También dentro de mi propio partido. Sí, aparentemente parece que todo es fútbol, pero la gente también agradece que nos preocupemos de asuntos “menores” como

que haya recintos donde practicar deporte, pasar buenos ratos y cuidar su salud... El proyecto del nuevo complejo deportivo está parado porque la crisis económica se ha echado encima y porque me temo que las exigencias de aportación económica al Rayo van a ser ya completamente ineludibles. Dinero que va para un sitio no va para otro...

—Presientes que los votos abundan más en la acera del Rayo que de las piscinas cubiertas... —el profesor seguía disparando sin piedad, pero ahora en su nombre.

—Por desgracia, sí. Y me enoja profundamente, don Faustino. Ya sé que en esto mi marido está en total desacuerdo pero en este tema tengo las ideas muy claras y he procurado llevarlas a cabo mientras he podido o me han dejado. Desgraciadamente en la política no siempre triunfan las buenas ideas o pueden llevarse adelante...

—Ya ve, profesor —terció el marido de María— que mi mujer y yo tenemos opiniones bastante divergentes en torno a don balón. Afortunadamente no es dogmática y comprende que uno no puede estrellarse contra la realidad.

—La realidad, amigo Sebas, es vuestro hijo Sergio. Leeros muy bien el dossier que os he dado, olvidaros durante los próximos meses de la política y el fútbol y centraros un poco más en mi “amigo”, que lo quiero ver en septiembre puesto al día en las materias suspendidas. Haced los tres algún viaje al extranjero durante este verano. Será un buen momento para hablar con él, enterarse mejor de sus preocupaciones y dificultades. Ya veréis como empezamos el nuevo curso con una mirada diferente.

—¿Y por qué al extranjero, don Faustino? —preguntó intrigado el Sebas mientras su mujer María parecía darle la razón al viejo profesor.

—Pues porque el Sergio ha suspendido también el Inglés y el Francés, así que será una buena oportunidad para que practique en vivo y en directo. Así empiezan algunos a encontrarle gusto a los idiomas...

Tras las corteses palabras de rigor, los tres personajes se despidieron. Mientras tanto, en casa, Sergio Matute, tras hacer una matanza de marcianitos en su videoconsola, se disponía ahora a presenciar por enésima vez la final de la última *Champions League* entre su Real Madrid querido y un equipo alemán. Angelico...